

Los partidos y los grandes hombres del Tradicionalismo

Según nuestro entender, los grandes hombres del tradicionalismo español no fueron hombres propiamente de partido, sino de ideas de Causa y solo circunstancialmente figuraron sus nombres dentro un partido, y fué, cuando ellos creyeron que solo dentro el mismo se podía defender á la Tradición.

A Balmes se le atribuye con todo fundamento el manifiesto de Bourges, y no obstante de que este documento fué el fundamento más sólido de la Comunidad tradicionalista española, no podemos propiamente decir que Balmes estuviera siempre identificado con el partido carlista.

Aparisi y Guizarro solamente cuatro años antes de su muerte abrazó la política activa del carlismo; más para ello fué menester que una impía revolución hundiese en el fango la corona de Isabel II, y se convenciese de que la única solución era Carlos VII, y de que este no representaba un partido, sino á España que quería acabar con los partidos.

En prueba de ello, véase lo que este consecuente tradicionalista escribía: «Yo no soy hombre de partidos; soy hombre de opiniones. Profeso las más tal como me las dicta mi conciencia, y no me afilio en ningún partido, porque soy libre y no acepto tiranías.»

Y tan fijo era en su mente este pensamiento, que aconsejó escribiera don Carlos en la Carta-manifiesto á su hermano don Alfonso «¿Qué hombre digno de ser rey, se contenta con serlo de un partido?»

El mismo Navarro Villoslada que tanto figuró antes de la guerra al lado de don Carlos y últimamente en las célebres disputas entre integristas y carlistas, si examinamos atentamente sus escritos, no veremos al hombre del partido, sino al encauzador de funestas corrientes que se veían introducir dentro el partido heroico, que supo con su sangre defender el Altar y el Trono; y así cuando en 1886 le vuelve á llamar don Carlos para que con su prestigio y autoridad le ayude á poner coto á ciertos desmanes de parte de la prensa carlista en una carta dirigida á los señores Directores de *La Fe* dice lo siguiente, que es actualmente de grande interés recordar: «Muy señores míos y amigos de mi más distinguida consideración: Periodista de toda mi vida, *catorce ó quince años hace que no he publicado ni escrito ni un solo artículo de política*; y si hoy me decido á romper el silencio es porque en conciencia, me creo obligado á ello.» «De poco tiempo acá, no tengo porque ocultarlo, el señor Duque de Madrid me ha dispensado la insigne honra de consultarme acerca de algunas cuestiones que ha resuelto públicamente, con el tino, prudencia y sabiduría que en él son habituales.» «Con este motivo he creído de mi deber indicarle algo de las tendencias, á mi juicio funestísimas, que se van manifestando en varios periódicos de provincias, por otra parte escelentes, respecto de los señores obispos.»

«Es posible, es probable quizás, que acerca de este gravísimo asunto recalgue presto orden superior que ponga término al conflicto, pero como este es cada día mayor, y parece acrecentarse hasta por momentos, ruego encarecida-

mente á los periódicos á quienes aludo, que cesen por completo en su actitud, y á todos los tradicionalistas, que no se presten á ningún acto que directa ni indirectamente tienda á perturbar la buena armonía, la ciega sumisión en que siempre ha vivido la Comunidad católico-monárquica con la Iglesia, y por consiguiente, con los sucesores de los Apóstoles.»

«Eso de retirarse á las trincheras de la política para sustraerse á la acción episcopal, además de ser inútil y aun contraproducente, implica una especie ó concepto erróneo, cual es suponer que la política, hija de la moral, no cae bajo la jurisdicción y magisterio de la Iglesia. La Iglesia es maestra en el orden político, con derecho y misión para prescribir y señalar los deberes de ese orden, y para juzgar á los que en él tomen alguna parte.» «Es cierto que á la Iglesia no pertenece la acción política; pero si la enseñanza y el juicio respecto á los que ejercitan de esa acción; y por lo tanto, respecto de los que en ella toman alguna parte, aun solo sea aconsejando ó persuadiendo en la prensa que se obre ó se deje de obrar de este ó aquel modo. No es posible evadirse esa jurisdicción y magisterio y por lo tanto, es preciso bajar humildemente la cabeza ante los maestros de la verdad, base y raíz de toda santa intransigencia. Si en vez de esto, se insinúan censuras á los Prelados, tomando, por decirlo así, la ofensiva y juzgando sus documentos episcopales en que ellos enseñan y juzgan ó determinan el modo como se proponen juzgar, es, en mi humilde opinión, indudable que se procede erradamente.»

«Se procede así mismo, estoy seguro de ello, contra las intenciones y vehementísimos deseos del señor Duque de Madrid. Este celoso príncipe que previamente se adhirió á todas y cada una de las resoluciones del Concilio Vaticano, á sus Cánones y á su espíritu, está desde entonces sincera, profunda y estrechamente adherido al espíritu y doctrina de la Santa Sede.» «Su programa es hoy la Enciclica *Inmortalis Dei* desde el principio hasta el fin, en todas sus partes, sin quitarle ni añadirle una sola letra. Ese programa es y tiene que ser el de todos los tradicionalistas, que obrando así corresponden á la constante tradición del partido, y á la letra y al espíritu de cuantos documentos han dado á luz los augustos personajes que han tenido los derechos y la autoridad que hoy tiene para nosotros el señor Duque de Madrid.»

Finalmente en nuestros mismos días vemos á grandes escritores de la Tradición, como Torres y Bages (que jamás militó en el partido carlista), y el mismo insigne Mella que tanto ha enaltecido á la Tradición, que su propaganda es mas activa y eficaz dentro la escuela que dentro del partido. Esto nos indica que sin despreñar el partido, pueden muchos hombres trabajar más eficazmente á favor de la Tradición dentro la escuela que en otro lugar, y esto precisa tenerlo en cuenta, para que, aprovechando todo cuanto tienda á robustecer la organización política de nuestra Comunidad, no desechemos tampoco á muchos hombres intelectuales

en apariencia que, aunque distancian de nosotros *políticamente* laboran de una manera eficaz dentro de la escuela tradicionalista y con los que hemos de encontrarnos unidos mas tarde para la implantación de nuestros sacrosantos principios.

Gloriosa campaña

Como el ejército que repentinamente se vé rodeado de enemigos, con bríos y entusiasmos heroicos se apresta á la defensa para vencer ó morir, así también España que descansaba de anteriores combates, con tesón admirable sostenidos, se ha lanzado de nuevo á la pelea, denodada y heroica, ante la acometida que ha sufrido de su eterna y secular enemiga, la pérdida impiedad. Los desmanes de las sectas y las trabas y dificultades que en estos actuales tiempos se ponen á la Iglesia, en nuestra patria querida, han herido en lo más íntimo las fibras de los católicos españoles y en nuestros corazones han brotado de nuevo los épicos entusiasmos, los bríos y la energía que han constituido desde ya lejanos tiempos, la brillante diadema de esta hidalga y esclarecida tierra Ibérica. Así como un reguero de pólvora que recibe una chispa de fuego en uno de sus extremos se enciende y abrasa hasta su final con la velocidad del rayo, así también los pechos españoles, amantes de la verdad católica, que son inmensa mayoría, al contemplar como con el hachazo de la impiedad se han inferido heridas dolorosas á instituciones venerandas y se falta al respeto y consideración á que tiene derecho el Supremo Gerarca de la Iglesia de Cristo, nos hemos sublevado colectivamente y en todos los ámbitos de la nación nos aprestamos á la lucha y á defender los sagrados intereses de la Religión, para impedir sigan adelante los propósitos siniestros de la impiedad.

Por esto, á la manera que en los tiempos de la reconquista se coronaban las montañas de intrépidos cristianos, para desde allí pedir luces y fuerzas al cielo para acometer á los moros, así también ahora se coronan de católicos los montes y los llanos para postrarse reverentes á las plantas de la Virgen Santísima y suplicarle su celestial auxilio y fortaleza para ir valientes y compactos á la gloriosa cruzada por la fé católica y la libertad de la Iglesia. La campaña que se ha promovido en toda España es gloriosa, verdaderamente gloriosa. Las actuales circunstancias han demostrado, que por la divina misericordia no se han extinguido todavía en esta noble tierra los sentimientos religiosos y las venerandas tradiciones y que en cuanto estas se ven amenazadas seriamente, se levantan de todas las regiones ejércitos incontables de cristianos héroes que ponen un dique á las demasías del error y á los desfrenos del vicio, haciéndoles retroceder hasta destruirlos del todo.

Sin embargo, la propia experiencia nos demuestra que la campaña de los católicos no debe ser circunstancial, esto es, propia tan solo de los tiempos más calamitosos, cual lo son los actuales, ni tampoco tener únicamente el carácter de protesta. Esta ciertamente que es muy hermosa, en especial si es verdadera hija de la fé, pero por si sola es obra negativa y por tanto es insuficiente. Se requiere algo más que protestas: pueden estas si son muy numerosas ahogar la voz del enemigo, pero no extinguirla, por cuyo motivo pasado el período de efervescencia, aquel aparece de nuevo para seguir su obra destructora, á la manera del fuego mal apagado que con una ligera brisa adquiere de nuevo las pavorosas proporciones de colosal incendio. Es preciso que tras la protesta, venga la labor netamente positiva y que por tanto cada católico no se contente con dar un «muera» al error y un «viva» á la Iglesia de Dios, sino que además aporte el caudal de su inteligencia y de su volun-

tad para con el esfuerzo de todos liberar á la España actual de los que tanto la oprimen y persiguen con el nefasto intento de hacerla esclava del error y víctima del socialismo más exaltado. ¡No seamos inocentes, católicos, salgamos á la lid, no con el solo aparato de nuestras armas, sino usando de ellas noblemente, cual compete á los valientes soldados de Cristo. Luchemos católicos, que la batalla es gigantesca; luchemos sin cesar y que á nuestras palabras acompañen siempre las obras y que á nuestra acción, broten de todos los pueblos nuevos centros de acción y de energía para con ellos levantar á la fé un espléndido monumento coronado de luz que eclipse para siempre y confunda los titánicos esfuerzos de los enemigos de Dios y de la Patria!

FRANCISCO NABOT Y TOMÁS.

Diabluras

Voy á descubrir un secreto á los lectores de EL NORTE.

Y no les obligo á que me lo guarden, ni con tres ni con una llave siquiera.

Allá va:

«La conjunción *republicano-socialista* tiene tres fines.

Y ya saben ustedes el cantar: *Tres, eran tres*, etc.

Primero: Que Maura no vuelva á ocupar el Poder.

Segundo: Derribar el actual régimen.

Tercero: Instaurar la República.

Como quien dice: beber un vasito de agua fresca.

Y quedarse tan... *frescos*.

Y cuando don Pablo Iglesias dice que tales son los fines de la conjunción, porque así lo declaró el hombre en el mitin celebrado el domingo último en esta ciudad, debe ser cierto.

Y hacedero, porque don Pablo no es hombre que se satisface con *idealismos*.

¡Como que él mismo señala el procedimiento para el logro de las aspiraciones republicano-socialistas!

Verán ustedes.

Para instaurar la República, lo *mejorcito* es, no la evolución, sino la *revolución*, con el consiguiente derramamiento de sangre y pérdida de las vidas... *ajenas*.

Para derribar el régimen bastaría, paréceme á mí, la anterior receta; pero don Pablito todavía añade algún otro *caústico*.

Quiere la mejor organización, para cuando sea llegado el momento de derribar el régimen.

Y exige sacrificios personales.

Y á quienes no los hicieren se les calificará de traidores.

Suponemos nosotros que para darles el merecido correspondiente.

¡Cuatro tiros por la espalda!

Para impedir que Maura no ocupe el Poder, nada dijo don Pablo.

E hizo muy bien en ello. Sería ocuparse de lo que hablamos de comunicar á los habitantes de la luna, cuando allá lleguemos con el teléfono.

Y luego, que en esas menudencias no ha de entrometerse el gran *leader socialista*.

No faltará algún *joven rubio y simpático* que se encargue de tal menester.

Como se ve, estamos abocados á grandes acontecimientos.

A menos que el señor Canalejas diga que *nones*.

Y don Pablo no se las tiene todas consigo.

Se muestra desconfiado con respecto al señor Presidente del Consejo, por

la indecisión en que se halla para resolver ciertas cuestiones.

Pero oiga usted don Pablo: ¿llegó por acaso á suponer que don José iba á ser auxiliar suyo?

¡Cá hombre! don Pepito se encuentra ahora como el pez en el agua.

¡A cualquier hora va á consentir él ninguna república como no sea la de don Toribio Sánchez!

Sport político

Entre los muchachos de la redacción hubo el acuerdo tácito de llamarle *don Magnífico* y así le nombrábamos siempre.—El se había acostumbrado al *mote* y lo aceptaba como si fuera su nombre de pila.

Era el reporter más lince que se conocía.—A la entrada y á la salida de los Consejos, parecía un moscardón zumbando continuamente en los oídos de los ministros.—Estos, en cuanto le veían, apresurábanse, muchas veces, á manifestarle cuanto les era dable á fin de evitarse la molestia de aquel zumbido que les daba jaqueca.

Tenía nuestro hombre lo que se llama *don de gentes* y una habilidad excepcional para mover la *sin hueso* á sus interlocutores.

Decía que la *interviu* era una ventosa que, aplicada oportunamente, producía efectos lisonjeros.

A la caída de la tarde, invariablemente á la misma hora, llegaba á la redacción y después de saludar cortésmente á sus compañeros, ponía manos al trabajo, silencioso y mudo, llenando cuartillas á la vista de su carnet de notas.—Cuando había terminado liaba un cigarrillo é iba de mesa en mesa, dejando oír su sempiterno zumbido de moscón, hasta que se marchaba á celebrar una interesante *interviu* con los garbanzos que diariamente le servía su patrona, partidaria acérrima del *clásico cocido* y enemiga declarada de los *principios*, con los que no transigía de ninguna de las maneras.

Don Magnífico, era un solterón convencido.—Frisaba en los cincuenta y no era cuestión de hacer la *penúltima calaverada* con la inconsciencia de un pollo de veinte y tres años.

Para él no existían más que dos clases de mujeres: *malas* y *peores*.

Cuidaba con extremada pulcritud del aliño de su persona, por *hábito* y por temperamento.—Las continuas conferencias y visitas, con los personajes políticos, habíanle acostumbrado á sacar partido de la impresión favorable que producía con su *buen talante*.

Rebelábase contra el *tiempo*, que pugnaba para dejar en sus facciones señales indelebiles de su paso y no perdonaba medio de aparentar una juventud que había ya traspuesto los límites del ocaso, quedando de ella solamente un debil reflejo de luz crepuscular.

Un *chico* audaz de la redacción aseguraba que *Don Magnífico* tenía la costumbre de preverse todas las noches una chuleta de carnero en cada pómulo á fin de conservar la frescura y sonrosada brillantez de las mejillas.

Sease lo que fuere, lo cierto es que *Don Magnífico*, á pesar de sus cincuenta, hacía de *buen ver*.

Había que verle contoneándose por las aceras de la Puerta del Sol, allá al mediodía, con sus botas lustradas; su pantalón sin una arruga; su chaqué corto y ceñido, abrochado con un solo botón y caído simétricamente, á los lados, como el cortinaje de una alcoba, por entre cuyas alas asomaba el chaleco, arqueado, cubriendo su abultado abdomen; su bastón de junco flexible, que hacía voltear de vez en cuando entre los dedos, con una velocidad vertiginosa.

Muy amenudo descubría su cabeza esmeradamente peinada, con raya al lado, para saludar á los personajes políticos que pasaban á su vera ó que me-

